

PRÓLOGO

JAIRO HENRY ARROYO REINA

Rosario Benavides fue el nombre que Gregorio Sánchez escogió para designar la novela con que participó en el concurso llevado a cabo por la Academia Colombiana de la Lengua, así como *Baldomero Arjona* el seudónimo con que se inscribió en el concurso. Desconocemos los pormenores concretos del concurso-número de trabajos, autores, requisitos-ni si quiera sabemos en que consistió el premio, lo único conocido hasta el momento es que un jurado integrado por los reconocidos escritores Antonio Gómez Restrepo y Eduardo Zuleta, reconoció como único ganador del mismo al joven escritor chocono Gregorio Sánchez.

La novela editada en los linotipos del periódico Relator (1927) de la familia Zawadzki, se constituyó en la sexta novela escrita por el autor, pues recordemos que la edición de otras novelas como las novelas cortas escritas en 1924: *La tierra desnuda*, *La piedad del mar*, *La flor del tabaco*, *El monstruo*, *La envidia de los dioses* y *La derrota: novela de estudiantes*, escrita en 1925, hacían parte de la polifacética trayectoria de Gregorio Sánchez. En este mismo sentido hay que decir que fue la sexta novela escrita sobre el Valle del Cauca en la primera mitad del siglo XX. La imprenta de “El imparcial,” en Santiago de Chile, había publicado en 1904, con prólogo de Martín Restrepo Mejía, *Tierra nativa* de Isaías Gamboa; Ramón Franki Galvis dio a conocer su novela *Mariana*, en 1917, a través de la imprenta “tipografía apostolado de la prensa” en Bogotá; Guillermo Franky publicó dos novelas: *Cepas de la aristocracia*, con la “Imprenta del comercio” de Bogotá (1919) y *Amelia*, con la editorial Cromos (1924), de Luis Tamayo. Cierra esta coyuntura *Efrosina de Alejandria*, publicada por Francisco María Rengifo en la editorial Minerva de Bogotá (1924), la temática de esta última no gira alrededor del Valle del Cauca, pero su escritor si era oriundo de esta parte del país.

Igualmente la publicación de Rosario Benavides fue acompañada por las dos más importantes novelas de comienzos de siglo 20 a nivel nacional, según los analistas: *La vorágine*, de José Eustacio Rivera (1924) y *La Marquesa de Yolombó* de Tomás Carrasquilla (1928). A

estas dos obras debemos agregar otras de menor valor literario, según los expertos, publicadas en la misma década, estamos haciendo referencia a las novelas del escritor Luis Enrique Osorio-especialmente su publicación *Novelas cortas*, que dio oportunidad a una serie de escritores jóvenes-igualmente las de Fernando González y Eduardo Zuleta.

Al publicarse Rosario Benavides, Santiago de Cali no había perdido la fisonomía colonial y pueblerina de otros tiempos, pese a expresiones muy concretas en su desarrollo urbanístico. Una población cercana a los cuarenta mil habitantes, una Junta de Ornato y Mejoras Públicas, un Teatro Municipal, Acueducto Metálico a Presión, nuevos grupos sociales y socio-profesionales, edificios comerciales, y, en general, todo el equipamiento urbano-mercantil moderno que expresaban las nuevas formas de acumulación de capital. Esta contradicción entre los nuevos vientos de un proyecto urbano modernista y las tradicionales estructuras sociales, fue bien interpretado por los diferentes personajes de la novela.

El notable escritor Chocoano logró dar cuenta, con mirada sociológica, de los diferentes grupos sociales que habitaban la ciudad, del equipamiento urbanístico y arquitectónico de la misma y, en general, del universo socio cultural y espacial que definían a la Cali de ese entonces. Y lo más importante, Gregorio Sánchez con tono irónico, burlesco y hasta crítico, logró representar el proyecto modernista de las élites ciudadinas, dejando ver tanto sus gustos de clase como el conjunto de valores que las definían. Este conjunto de razones permiten ubicar la producción literaria de Gregorio Sánchez como la novela urbana más importante de Santiago de Cali en la primera mitad de siglo XX.

La novela logra representar la debilidad y la inestabilidad del piso social que se estaba produciendo en el mundo moderno de la ciudad de Cali, para las dos primeras décadas del Siglo XX. El conflicto social se manifestaba en Mariano Benavides, padre de Rosario, quien representaba todos los signos de la época moderna: de piel cetrina, comerciante de café, cueros y cacao. Según la designación realizada por Gregorio Sánchez Mariano era “un moderno creso”, “un banquero tropical”, que se había enriquecido vendiendo durante quince años trapos y chucherías, y que luego se convirtió en uno de los más

respetables importadores; se jactaba de no tener descendencia aristocrática, pero sí mucho dinero. Las nuevas percepciones y valores así como las representaciones de los otros grupos sociales fueron enunciadas de distintas formas por este personaje.

Don Mariano estaba casado con Julia de Benavides, mujer blanca y gorda, personaje que representaba “la prosapia”, los sectores venidos a menos, los capitales simbólicos tradicionales, es decir, todo lo contrario a lo que significaba don Mariano, sin embargo lograron contraer matrimonio. Este personaje, también, poseía los valores muy propios de su grupo social: “gustaba naturalmente de las consideraciones de alcurnia: la razón de estirpe era razón soberana. Sentía secreto desdén por las vidas democráticas modernas, igualadoras e iconoclastas, que han desvalorizado la antigua moneda nobiliaria y los papeles de créditos llamados despectivamente pergaminos. En su fuero interno alimentaba para sí el culto de la buena raza y de la sangre pura, lo cual no fue obstáculo para su matrimonio con el millonario señor Benavides”.

Complementariamente a las descripciones sociológicas y a los perfiles psicológicos de sus personajes, Gregorio Sánchez logró introducir las únicas imágenes conocidas y las más importantes representaciones sobre el carnaval caleño de los años veinte, la forma como se celebraban las festividades de fin de año y con imágenes sugerentes logró dar cuenta de lo que significaba la travesía Panamá-Buenaventura, la descripción del Cañón del Dagua, el recorrido por la Cumbre y Meléndez.

La novela fue premiada en los juegos florales de Sonsón y pese a que tuvo muy poca acogida en los medios de comunicación de la época, algunas vagas impresiones la caracterizaron como costumbrista, otras como realista y el jurado logró percibirla como una novela moderna que lograba representar a cabalidad los cambios y las contradicciones propias de un proceso de modernización. Casi ochenta años después, con nuevas herramientas de análisis, tenemos la obligación de ponderarla y de acuerdo a su valor literario, rescatarla de las tradicionales clasificaciones y objetivaciones que la han mantenido invisible hasta el momento.